

muero, y con mi muerte cesan
 dé mi vida los tormentos:
 mejor es decirlo todo,
 y descansar, pues es cierto,
 que eso vendrá á vivir mas,
 si me muriese mas presto.
 Vaya de penas, amor,
 y vaya de sufrimiento,
 para que tenga lugar
 de hacer su oficio el veneno.
 Mi prima, y Don Diego (ay triste!)
 se quieren con tal extremo,
 que su amor es en Teruél
 hoy la fabula del Pueblo.
 Yo sin poder resistirme,
 (de decirlo me avergüenzo)
 por natural simpatía,
 por influencia del Cielo,
 por musica de la sangre,
 ó por otro algun mysterio
 secreto, que yo no alcanzo,
 pierdo por Don Diego el seso;
 sin vér, sin considerar,
 que Don Diego tiene dueño.
 Ay de mí! que á todas horas,
 acá de parte de adentro
 muero, y sin poder decir
 siquiera del mal que muero:
 porque siendo esta mi sangre,
 y el estado de amor ciego,
 qué puedo hacer, que no sea,
 ó en daño de mi respeto,
 ó en agravio de mi prima,
 ó en ofensa de Don Diego,
 ó en peligro de los tres,
 ó en todos, que es lo mas cierto?
 Amor, rindamos las armas
 á la fortuna, y al tiempo,
 que son los contrarios muchos,
 y ya no puedo con ellos.
 Goze Don Diego á mi prima,
 viva mi prima en su pecho,
 atelos una lazada,
 arrullos un requiebro,
 y muera yo, si ellos viven,
 que lo mas priva lo menos,
 y ellos son aqui lo mas;
 pero si yo soy primero

en mí, que nadie en el mundo,
 cómo mi muerte consiento,
 quando me falta que hacer
 el mas eficaz remedio,
 que ha podido concertar
 un desatinado afecto?

Don Fernando de Gamboa,
 (que es entre los Caballeros,
 si no mas galán que muchos,
 mas rico que todos ellos)
 quiere casar con mi prima,
 y aunque ella no advierte en ello,
 por ser tan fina, que hiciera
 escrupulo de saberlo,
 yo con el ansia de verla
 divertida en otro empleo,
 porque despues de casada
 me quede libre Don Diego,
 con falsas demostraciones,
 con fingidos cumplimientos,
 con favores inventados,
 y con recados supuestos,
 sin saber nada mi prima,
 á Don Fernando entretengo,
 y le doy de parte suya
 esperanzas por lo ...

Bien conozco, bien conozco
 la baxeza que cometo,
 pero yo no puedo mas,
 que en llegando á tanto exceso,
 el amor, ni oye razones,
 ni se reduce á consejo.
 Pero si lo lloro tanto,
 pero si tanto lo siento,
 cómo me detengo ahora
 en discursos ni argumentos?
 quando allá dentro los dos:- *Sale Jua.*

Jua. Señora. *Elen.* Al momento
 cierra primero esa puerta:
 perdida soy. *Juan.* Ya la cierro.

Elen. Vé, llama esa gente apriesa:
 no has ido? *Jua.* Ya te obedezco. *vas.*

Elen. Salgan, salgan acá fuera,
 que aunque de verlos me ofendo,
 porque si lo que veo es mucho
 es mucho mas lo que pienso;
 que siempre quien zelos tiene,
 tiene mayor desconsuelo

en

en temer lo que imagina,
que en vér lo que está temiendo.

*Salen Juana, Camacho, Don Diego,
Doña Isabel, y Luisa.*

Luis. No temas. *Cam.* Cómo es posible?
hecho una vasura vengo. *Dieg.* Elena.

Isab. Prima, qué ha habido?

Elen. Que lo que dixé fue cierto,

no os ha visto tu padre,
ni tiene tal pensamiento,

y quando lo imaginára,
y entrar quisiera acá dentro,

es mejor que te halle aquí,
porque en echandote menos,

ha de ser fuerza buscarte,
y hallarte tambien con ellos;

por eso mandé cerrar

aquella puerta, y por eso
dixé á Juana que os llamára,

que como del riesgo vuestro
me alcanza á mí tanta parte,

como quien soy, os prometo,
que despues que de aquí os fuisteis,

con el susto, y el rezelo
no he podido sossegar.

Isab. Y como que te lo creo,
que quando á juntarse vienen

la amistad, y el parentesco,
hace el ingenio milagros.

Dieg. Yo por mi parte agradezco,
Elena, tanta merced.

Isab. Y yo la mano te beso:
no hay cosa como una amiga

de confianza, y de secreto
para cosas semejantes:

mas dexando cumplimientos,
mirad que huelgan las sillas.

Elen. Bien has dicho.

Isab. Aquí, Don Diego.

Dieg. Donde tu quieres sea. *Sientanse.*

Isab. Quiero yo que estés en medio,
porque goces de mi prima.

Elen. Todo puede ser viviendo. *ap.*

Luis. Ya no tienes que temer.

Cam. Si tengo tal. *Luis.* Pues es yerro,
que Don Pedro mi Señor,

pues que de su quarto ha buuelto,
es cierto que está acostado.

Cam. Yo tengo azar con los Pedros,
aunque esten en cueros vivos,

Luis. Pues por qué?

Cam. Porque me acuerdo
del Rey Don Pedro el Cruel.

Luis. Eres un gallina. *Cam.* Niégo,
que si lo fuera, á estas horas

estuviera ya durmiendo.

Luis. Pues cómo, si no lo eres,
te vienes con ese miedo?

Cam. Porque no tengo otro en casa,
y vengo con el que tengo.

Ay muger mas apretante!

Pero á nuestro amor volviendo,
quieresme mucho? *Luis.* Te adoro,

y en viendote que te veo,
el alma se me columpia.

Cam. No te creo. *Luis.* Luego miento?

Cam. No fuera mucho milagro;
porque decia mi abuelo

que tres cosas se usan siempre,
que son vestir terciopelo,

comer olla, y mentir mucho
la muger en qualquier tiempo.

Musica dentro.

Mas tén, que si no me engaño,
suenan varios instrumentos

de música en las ventanas.

Elen. Si Fernando, por festejo
de mi prima, está en la calle:

de entrambos así me vengo. *ap.*

Dieg. No hay duda, musica es.

Isab. A mí me miras, Don Diego?
pues qué importa que lo sea,

si sabes que eres mi dueño?
Fuera de que es ofender

los muchos merecimientos
de Elena::- *Dieg.* No digas mas,
que ya mi yerro confieso;

mas oíd, que cantar quieren.

Isab. Pues qué importa? canten ellos,
mientras hablamos nosotros.

Dieg. La musica es un remedo
de la Glotia, y quien no gusta

de ella, ofende su contento;
y así, pues que para hablar

hasta la mañana hay tiempo,
escuchemos por tus ojos.

Isab. Pues tu gustas, escuchemos
alabanzas de mi prima.

Elen. Presto lo dirán los versos. *ap.*
Canta dentro.

Music. Romped las dificultades,
Belisa, que hay para veros,
veré yo lo que me amais,
y vos vereis lo que os quiero.

Dieg. Llamaste á Isabel, Elena?

Elen. Respondete tu á tí mismo.

Isab. Yo soy Isabel. *Dieg.* Así?

Isab. Digolo, porque te entiendo.

Dieg. Como denantes dixiste,
que era este galanteo
por Elena:- *Cam.* Ahora digo,
que eres un gran majadero;
porque viviendo dos juntas,
(verbi gracia) ya es muy viejo
decir, que quantos visitan,
aunque sean quatrocientos,
todos vienen por la otra.

Isab. Pues infame:- *Dieg.* Quedo, quedo,
que la verdad no es delito.

Elen. Eso si, sepañ de zelos, *ap.*
y mueran, pues muero yo.

Isab. Nunca te he visto tan necio.

Dieg. Esta es necesidad? *Isab.* Muy grande,
que las que hacen los discretos
son pocas; pero lucidas:
bien se vé, pues, que sabiendo
lo que me debo á mi misma,

Lllaman á la ventana.

y lo que:- pero qué es eso?

Cam. Qué? llamar á la ventana.

Dieg. Y dár en mi honor el eco.

Dent. Fern. Mi bien, Señora, Isabel.

Isab. Apenas á hablar acierto.

Cam. Ya escampa, y llovian guijarros.

Dieg. Y ahora?

Elen. Bien se ha dispuesto. *ap.*

Dieg. Será necesidad decir,
que quien tiene atrevimiento
de hablar así desde afuera,
tiene licencia de adentro?

Isab. Luisa, Juana, Elena, hablad.

Dieg. Lindos testigos por cierto,
una prima, y dos criadas.

Isab. Pues vive Dios, que aunque en ello

todo mi honor aventure,
lo he de averiguar, y luego
no me has de vér en tu vida.

Elen. Harás muy bien, que es desprecio
tuyo sufrir tal desayre.

Isab. Tu verás, como me vengo:

Luisa, retira esa luz,
y vosotras (sin aliento
estoy!) apartaos de aquí.

Dieg. Pues qué intentas? *Isa.* Esto intento
para que sepas quien soy.

*Retiranse, y abre la ventana, y estará
en ella Don Fernando.*

Elen. Mucho aqieste lance temo, *ap.*
si mi engaño se averigua.

Dieg. Muerto escucho! *Isab.* Caballero.

Fern. Es Isabel? *Isab.* Qué sé yo;
estoy tal, que no lo creo:

quien sois? *Fern.* No me conoceis?

Isab. Pues decid, ¿qué fundamento
teneis para hacer conmigo
este desalumbramiento?

Fern. Si os haceis desentendida
porque refiera de nuevo
los lances que en esto ha habido:-

Isab. Qué lances? decidlos presto.

Fern. Pues digo, que vuestros ojos,
vuestro garbo, vuestro aseo,
y vuestro ingenio:- *Isab.* Adelante,
que lo que dices, es bueno
para hablarme desde cerca,
y quererme desde lexos:
mas para llamarme así,
qué causa os mueve? *Cam.* Aquí es ello.

Fern. Qué causa? tantos favores,
y tantos recados vuestros
como tengo recibidos:
mas ruido de espadas siento
de alguno, que á mis criados
se ha atrevido descompuesto,
y por eso, á Dios. *Isab.* Oídme
una palabra primero.

Fern. Dexadlo para mañana,
en aqieste mismo puesto,
donde os diré mas despacio
lo que os pago, y lo que os debo. *vat.*

Isab. Cielos, qué es esto que he oído!

Elen. Famosamente se ha hecho. *ap.*

Dieg.

Dieg. Ya no hay que esperar aqui.

Cam. No señor, que es perder tiempo, y lo mejor es dexarlo.

Isab. Juana, si yo no me muero;

Luisa, si yo no me mato;
prima, si el juicio no pierdo,
no cumplo con mi dolor.

Elen. Parece cosa de sueño.

Luis. Ay tan gran bellaqueria!

Dieg. Este es el mejor acuerdo:

sigueme, Camacho. **Cam.** Vamos.

Isab. Pues adónde tan resuelto?

Dieg. A salir, porque ya es hora:

suelta, ingrata, el ferreruero.

Isab. Tu tambien quieres ahogarme?

Dieg. Hora es, desahogarte quiero,

abre esa puerta. **Isab.** Si haré,

porque es muy justo el hacerlo,

mas será de esta manera;

Cierra, y guarda la llave.

Ahora, ahora veremos

como sales. **Dieg.** Cómo salgo?

echando á coques:- **Elen.** Don Diego:-

Luis. Considera:- **Juan.** Mira:-

Cam. Advierte:-

Isab. Dexale, porque al estruendo

despierte toda la casa,

salga mi padre, y mis deudos,

y rematemonos todos.

Elen. Eso es perderse, y perdernos:

meic es darle la llave.

Isab. Y que yo quede muriendo?

no prima, no me está bien.

Dieg. Ahora bien, ya yo me quedo,

por escusar alborotos,

mas esto con presupuesto,

que no me has de hablar palabra.

Cam. Pues entretanto, que haremos?

Dieg. Pasearnos. **Cam.** Bien has dicho,

vá de bueltas, y paseos.

Paseanse.

Elen. Yo no le hablaré palabra

esta noche por lo menos.

Isab. Yo sí, que estoy rebentando.

Cam. Jesus, qué desasosiego,

y qué perdicion de casa!

Dieg. Muger, muger en efecto.

Isab. Señor mio, ya conozco,

Andase tras de ellos.

claro está, ya considero:-

Dieg. Como eso pasa en el mundo.

Cam. Todo es traycion, y embeleco.

Isab. Quan enojado estareis;

pero juntamente os ruego

por mi amor, por mi verdad,

y por mi vida:- **Dieg.** Ya pienso

que amanece. **Cam.** Las tres son.

Isab. Que me escuches.

Cam. No hay remedio,

que son cosas acabadas.

Dieg. Para qué respondes, necio?

Cam. Para que no nos persiga.

Isab. Ya eso es pasarse á grosero

de zeloso, y es querer

echarme un dogal al cuello.

Dieg. Pues qué quieres?

Isab. Que me escuches,

ó que con tu mismo acero

me mates, si te he ofendido.

Dieg. Aunque yo estoy satisfecho,

quanto á mí, de la verdad,

porque la escuché yo mesmo,

preciome de hidalgo,

y de tan cortés me precio,

que escucharé tus mentiras.

Cam. Bien has hecho, que en saliendo
será lo que Dios quisiere.

Isab. Pues digo, señor, que el fuego
de un rayo vivo me abraze

por soberano decreto,

si á ese hombre, si á ese hombre,

(que aun del nombre no me acuerdo)

he hablado, escrito, ni oído,

en público, ni en secreto;

es verdad, que en tu presencia,

(solo de pensarlo tiemblo!)

que soy liviana me dixo,

y muger comun me ha hecho.

¿Mas qué importa que él lo diga,

y que llegues tu á creerlo,

si del sér al parecer

hay tantas leguas en medio?

Y que importa que una nube,

considerada de lexos,

parezca gota de tinta,

que en el papel blanco, y terso

de

de aquesas hojas azules
 pasa por borron del Cielo,
 si del Cielo la pureza
 no admite tales defectos,
 y viene á ser el pensarlo
 culpa del sentido nuestro?
 Cielo es mi honor cristalino.
 Qué importa, pues, que grosero
 un testigo le baldone,
 si le abona un privilegio?
 Y si esta razon no vale,
 si no vale este argumento,
 dime por tu vida, dime,
 (perdona si me enternezco)
 no me he criado contigo?
 no vives pared en medio
 de mi casa? no te consta,
 si, que jamás tuve aliento
 para mirar otros ojos?
 No sabes que tu precepto
 ha sido ley inviolable
 para con mi amor honesto?
 Y no sabes finalmente,
 que mil veces discurriendo
 en que mi padre podia
 entregarme á dueño ageno,
 muerta en tus brazos me viste?
 y quando volví en mi acuerdo,
 en muchos dias mis ojos
 no se abrieron, no se abrieron,
 sino para derramar
 sangre del alma por ellos?
 Esto, Señor, no es asi?
 no es aquesto asi, Don Diego?
 Pues si es asi, como, cómo
 á mi verdad desatento,
 y atento solo á una culpa,
 que no alcanzo, ni penetró,
 aventuras mi decoro,
 y desluces mi respeto?
 Cosas son estas, ingrato,
 que quando las considero,
 quisiera que:- pero tu
 no tienes culpa de aquesto,
 sino mi triste fortuna,
 ó algun engaño encubierto.
 Y asi, para que yo piense,
 que alguna piedad te debo,

busca, averigua, rastréa
 sagáz, advertido, cuerdo,
 aqui, en la calle, en la plaza,
 el cómo, el quando, y el tiempo;
 y si con culpa me hallares,
 en el primer movimiento,
 dexame, que es la venganza
 de mas fuerza, y de mas peso
 para una muger que nace
 con honra, y entendimiento.
 Y si nada de esto quieres,
 retirate á ese aposento,
 pues ya empieza á amanecer,
 y sin andar por rodeos
 declarate con mi padre,
 que es lo mejor; pues reniendo
 de nuestra parte á mi prima,
 no hay que temer mal suceso;
 pues quando todo lo dicho
 no sea de algun efecto,
 será consuelo saber,
 aunque penoso consuelo,
 que para la vida hay muertes
 para la fuerza Con ventos,
 para el engaño verdades,
 para la pena venenos,
 para la garganta lazos,
 para el corazon aprietos,
 para las desdichas ojos,
 y para los ojos lienzos,

*Ponese un lienzo en los ojos,
 que de mortaja me sirva,
 si te he ofendido con ellos.*

Elen. Esto me importa estorvar. *ap.*

Dieg. Que estoy tierno te confieso.

Cam. Qué mucho, si lo que ha dicho
 bastaba, por Dios Eterno,
 á hacer un diamante puches,
 y baturrillo un cimientos.

Dieg. Levanta, Isabél, los ojos.

Isab. Qué dices? *Dieg.* Que lo postrero
 hemos de hacer. *Elen.* Pues yo voy
 delante por si al encuentro
 saliese alguno de casa.

Dieg. Mi vida en tus manos dexo.

Elen. Ven, Juana. *Juan.* Ya voy tras tí.

Elen. Yo pondré en esto remedio,
 porque hablaré con mi tío,

con

con titulo de buen zelo,
y avisaré á Don Fernando
de todo, porque al momento
á pedirla se adelante,
antes que llegue Don Diego. *vanse.*
Isab. Estás ya desenojado?
Dieg. Si no lo estoy, estárelo.
Isab. Mas pensé que te debía.
Dieg. Son muy villanos los zelos.
Isab. O qué mal rato me has dado!
Dieg. Y le he tenido yo bueno?
Isab. Ay Don Diego de mis ojos!
Dieg. Si estos favores grango
por los zelos que me diste,
que me des otros te ruego,
que aunque de valde son caros,
tomaré muchos al precio:
mas Juana sale. *Sale Juana.*
Juan. Venid por acá, porque Don Pedro
mi señor sale á este quarto,
y con él, á lo que entiendo,
ha encontrado mi señora.
Isab. Gran desdicha!
Dieg. Grande aprieto!
Juan. Dame de presto la llave,
antes que nos balle el viejo,
de esta puerta. *Isab.* Toma, Juana.
Cam. Con mil palos me contento,
y aun con menos tengo hartos.
Juan. Ya está abierta.
Isab. Vén, Don Diego.
Dieg. Corre, Camacho. *Cam.* Anda, Luisa.
Luis. Toda esta noche es agujeros.
vanse, y salen Don Pedro, y Elena.
Ped. Tú vestida á estas horas?
Elen. No te alteres;
y pues discreto eres,
con atencion me escuche tu respeto,
y la causa sabrás de aqueste efecto.
Ped. Dila presto.
Elen. Ya tendrás noticia,
(bien asi se introduce mi malicia) ap.
de que mi prima y yo:-
Ped. Todo me altera.
Elen. No quisiera que nadie nos oyera.
Ped. Aquí cómo es posible?
ay penas graves! (bes,
Elen. Pues oye, digo, pues que como sa-

hasta tomar estado,
con mi prima en tu casa me he criado,
y aunque la tengo amor, como á mi
prima.
su honor, que por ser tuyo me lastima,
me hace decirte:- *Ped.* Qué?
Elen. Que Don Fernando
anda hoy su virtud solicitando
con grande extremo.
Ped. No es para casarse? *Elen.* Si señor.
Ped. Pues hay mas de efectuarse?
Elen. Eso, Señor, es lo que yo deseo,
por lo bien que á mi prima está su em-
pleo;
mas hay un embarazo solamente.
Ped. Qué embarazo, no siendo mi parien-
y pudiendome hablar? (te,
Elen. Haber sabido,
que pretende tambien sér su marido,
y no sin harta nota de la Villa,
ese hijo de Hipólito Marsilla,
y no querer con nadie competencia
hasta saber tu gusto, y tu licencia;
de cuya dilacion resultar puede,
como siempre sucede,
peligro en D. Fernando, y en D. Diego,
porque en amor el hombre siempre es
ciego;
tu eres prudente, y ves el desengaño,
yo soy tu sangre, reconozco el daño:
harto te he dicho, casala, si quieres,
con Don Fernando, ó con quien tu
quisieres, (to,
que aunque demás está mi advertimien-
yo cumplo con decirte lo que siento.
Ped. No en valde te he querido siempre
tanto,
que aun á tu prima casi te adelanto,
por tu honor, tu virtud, y tus costu-
bres.
Elen. Quisierate escusar de pesadumbres.
Ped. Yo quiero luego hablar á Don Fer-
nando
para que elija donde, cómo, y quando
quiere que se efectue el casamiento,
que yo no he menester consentimiento
de mi hija, sabiendo, que es mi hija,
y que es fuerza que elija

solo á quien yo quisiere,
que aunque á D. Diego nadie le prefiere
en la virtud, y sangre que ha heredado,
Don Diego es pobre, y yo no estoy
sobrado,
y en fin, justo, ó injusto, (gusto.
este es mi gusto, y ha de hacer mi

*Vase á entrar, y salen Doña Isabél.
Don Diego, Camacho, y Luisa, como
para querer entrar, y por la otra puer-
ta sale Fabio.*

Fab. Mi Señor Don Fernando
de Gamboa á la puerta está, esperando
licencia para entrar pide.

Ped. Decid que entre.

Elen. No vaya ahora, porque no le en-
cuentre.

Isa. El mismo inconveniente queda luego:
entra, Camacho. *Sale Camacho.*

Cam. Mi Señor Don Diego
está esperando.

Ped. Pues decid que aguarde.

Dieg. Quien nace pobre siempre llega
tarde,

mas no importa, escuchemos,
hasta vér en qué paran sus extremos.

Elen. Ya no espero sentencia en daño mio,
siendo Juez la codicia de mi tío,
y llegando Fernando á hablar primero;
y así dexarles quiero,

por no dar á entender, si estoy delante,
el placer, ó el pesar en el semblante:
aguarda aquí, que luego doy la buelta.

Isa. Si haré, pues á morir estoy resuelta.

Elen. Harto me pesa á mí.

Isab. Bien te lo creo.

Elen. Todo suceda como yo deseo.

Vase, y sale Don Fernando.

Ped. Por la mano, señor, me habeis ga-
nado.

Fer. Yo me huelgo de haberme adelanta-
y así escuchad. *Ped.* Decid.

Fern. Yo seré breve.

Ped. Yo tambien, si lo que pienso os
mueve.

Fer. Yo quiero bien á vuestra hija, y creo,
que paga honestamente mi deseo;

soy quien sabeis, pretendo ser su es-
poso,
tocaos á vos el darla al mas dichoso,
y holgaréme de ser el escogido;
mirad si breve, y compendioso ha-
sido.

Ped. Yo lo seré tambien en convenirme.
Sale Don Diego.

Die. Aquí entro yo, y ahora habeis de

Ped. Pues como:- (oírme.
Empuñan las espadas.

Fern. Pues por qué?

Dieg. Tened, os ruego,
y como me escuchéis, matarme luego.

Ped. Decid, que ya os entiendo, y en-
fadado

de la licencia que os habeis tomado:

Fern. Despues castigaré su atrevimiento.

Isab. Apenas para oírle tengo aliento.

Luis. Ahora se repuntan unos y otros.

Cam. Y luego nos sacuden á nosotros.

Die. Quando los lances son tan apretados
revelar los secretos mas guardados

no vanidad, Señor, fuerza se llama

y mas habiendo de por medio dama-
gusto, amor, competencia,

honra, peligro, libertad, violencia,
y otras pasiones tristes á este modo,

como en aqueste caso, que lo hay todo.

Desde que el Sol dorado,
corazon de los Cielos nacarado,

con media luz madruga,
y del Alva los párpados enjuga

al fuego de sus cándidas centellas,
hasta que con la noche las Estrellas

que á verle se asomaron,
pestañean la luz que le heredaron,

gasto en idolatrar á vuestra hija,
sin que otro aliento á mis potencias ri-

tanto, señor, que sabe el Cielo sabe
que de quererla tanto

me pesa muchas veces, porque pienso
que si agorando voy mi amor inmen-

no tendré hoy el amor, que ayer tení
y faltandome amor para otro dia,

la puedo no querer en algun mo-
por haberselo ya querido todo.

Y si lo quieres vér mas ciaramen-

pon en una balanza diferente
todo el amor de Pyramo, de Orfeo,
Adonis, Colatiño, Accis, Perséo,
Plaucios, Macías, Júpiter, Apolo,
Isis, Faetón, Teagenes, Mauseolo,
Gneto, Páris, Leandro, Ulyses,
Marco Antonio, y Periandro,
y pon en otra solo el amor mio,
y verás que ninguno tiene brio,
porque ninguno alcanza
á pesar lo que pesa esta balanza.

No hay hora, no hay instante,
que al bolcán del pecho fulminante
no arroje vivas llamas, cuya lumbre
pasa por Astro en la Celeste cumbre,
que lo amarillo de esa azul esfera,
quando en roxos carbones reververa,
no es tostado del Sol de tantos dias,
sino incendio de las ansias mias,
que la menor hasta los Cielos sube,
y unas veces es rayo, y otras nube.
Esto supuesto por verdad segura,
y supuesto tambien, que la hermosura
de Isabél, con reciprocos favores,
alienta, y vivifica mis amores,
de Isabél, asi los años cuentes,
que el paxaro de plumas diferentes
en el Arabia goza, donde habita,
siendo, quando se muere, y resucita,
con cada parasismo,
hijo, padre, y abuelo de sí mismo.
Y en efecto, asi triunfes de qualquiera
enemigo, señor, que mal te quiera,
y como yo á tus pies arrodillado,
vencido te los bese, y humillado.

Arrodillase.

Ped. Advertid, que es exceso conocido.

Levantase.

Dieg. Que el favor me concedas, que
te pido
siquiera por tener de aqui adelante
en mí, un esposo, no galán, ni amante,
que provoque tu enfado,
sino un esclavo, un hijo, y un criado,
que te consagre todo su alvedrío;
y si esto no te mueve, señor mio,
muevante aquestas lagrimas que lloro,

perdone aqui el decoro, (dos,
que aunque el valor estraña los gemi-
para sentir se hicieron los sentidos.

Muevante (otra vez digo)
si no los ruegos de un humilde amigo,
los que me aguardan tragicos sucesos,
si tu piedad no temple mis excesos;
porque si perseveras
(ó no lo quiera Amor, ni tú lo quieras!)
en darla á Don Fernando,
quando vivo sus ojos adorando,
yo mismo homicida de mí mismo;
aunque el mundo lo tenga á barbarismo
me he de tratar de suerte,
que á ser venga instrumento de mi
muerte,

ó á voces repitiendo mi tormento,
ó para mí callando lo que siento,
ó retorciendo la vital estambre,
ó aumentando las fuerzas á la hambre,
ó bebiendo licores inhumanos,
ó rasgandome el pecho con las manos,
ó mirando su amor puesto por obra,
que donde zelos hay, el puñal sobra:
Haz ahora tu gusto, segun esto,
que para todo me hallarás dispuesto.

Ped. Estraño efecto de amor! *ap.*

Fern. Y aun arrojamiento estraño! *ap.*

Ped. Confieso, que enternecido
su voluntad me ha dexado.

Fern. Solo aguardo tu respuesta.

Dieg. Solo tu respuesta aguardo.

Fern. Si Elena no me ha mentido,
yo lograré mi cuidado. *ap.*

Dieg. Si hay piedad en sus entrañas,
yo te venceré llorando. *ap.*

Ped. No es la respuesta muy facil,
y por eso la dilato,

que hay casos en que el discurso
no se atreve á dar un paso,
ó embarazado en su duda,
ó en su riesgo embarazado.

El exemplo, como dicen,
le tocamos con las manos,
pues en el caso presente
parece imposible caso,
que pueda dexar de errarse,
aun habiendose acertado.

Si á Don Diego se la doy,
me quedo necesitado,
y grangeo un enemigo;
dandosela á Don Fernando,
no cumplo con la piedad,
que me debo á Cortesano:
Por lo qual, en mi decoro,
viene á ser razon de estado
no haber de darla á ninguno.
por querer darsela á entrambos:
porque casi á un tiempo mismo
miro, noto, advierto, y hallo,
congruencia en el dichoso,
justicia en el desdichado,
comodidad en el rico,
y en el pobre desamparo.
Esto respondo. *Fern.* Yo digo,
que me doy por obligado,
porque ya que yo la pierdo,
no la gane mi contrario.

Dieg. Yo no, yo no, porque así
el derecho me has quitado,
que tengo á su voluntad,
como tu estás confesando.
Y así, supuesto, Señor,
que el negarme aquí su mano,
es solo por verme pobre,
oye el mas extraordinario
efecto de amor, que han visto
Griegos, Persas, y Romanos.

Ped. En qué forma? *Dieg.* Estame atento:
Dadme un plazo señalado
para llegar á ser rico;
y si cumplido este plazo
no lo fuere, desde luego
dexo, y renuncio en tus manos
quanto derecho tubiere
al casamiento tratado.

Ped. Digo, que el concierto admito:
que plazo quieres? *Dieg.* Dos años.

Ped. Yo te doy tres, y tres dias.

Fern. Y ese termino pasado,
la habeis de casar conmigo?

Ped. Digo, que á todo me allano.

Fern. Soy contento? *Dieg.* Y yo tambien,
porque en ese breve espacio
no pienso dexar del Orbe
Clima tórrido, ó helado,

Isla, Ciudad, Selva, Reyno,
Monte, Mar, Provincia, ó Campo,
que para buscar hacienda
no imagine, aventurando
honra, salud, vida, y gusto;
fuera de que Don Gonzalo
de Aragon se parte ahora,
siguiendo á Carlos los pasos,
que en busca de Solimán,
vá en persona caminando,
y me tengo de ir con él.

Isab. Qué es lo que estoy escuchando! *ap.*

Dieg. En cuya conquista juro,
valiente, y desesperado,
de emprender tales hazañas,
que ó me negocien trabajos,
heridas, congojas, muertes,
disgustos, ansias, enfados,
hambres, infortunios, penas,
cautiverios, y fracasos;
ó me soliciten glorias,
aumentos, medras, aplausos,
oficios, tesoros, dichas,
honores, triunfos, y lauros,
para que mas dignamente,
sin estorvos, ni embarazos,
alcance, merezca, goce
la dicha, el bien, y el regalo
de los ojos de Isabel
en sus amorosos brazos.

Ped. Pues Don Gonzalo es mi amigo,
yo he de hacer, que Don Gonzalo
por su camarada os lleve

Fern. Si para servitos valgo,
yo tambien me ofrezco á hablarle:
para que le aleje tanto,
que no me pueda dár zelos. *ap.*

Dieg. Esto es honrarme, y honraros.

Ped. Pues vamos, Fernando, apriesa,
porque si mas nos tardamos,
podrá ser que se haya ido.

Dieg. Con la respuesta os aguardo
á la puerta de mi casa.

Ped. Al punto la vuelta damos. *vanse.*

Isab. Haz lo que te tengo dicho.

Cam. Señor:—

Dieg. Ya entiendo, Camacho;
pero hasta volver la esquina

es forzoso acompañarlos. *vase.*

Isab. Puedo salir? *Cam.* Si señora,
que ya ván la calle abaxo,
y ya vuelve mi Señor.

Salen de detrás del paño.

Isab. Loca estuve, y muerta salgo:
¿Cielos, qué ha de ser de mí?

Sale Don Diego.

Dieg. Pues todo lo has escuchado,
no será, no, menester
decirte nada. *Isab.* No, ingrato,
que ya he visto que has querido,
por vengarte (aquesto es llano)
de los zelos que tuviste
anoche de Don Fernando,
irte, y dexarme sin vida.

Dieg. Yo, señora? *Isab.* Tú, tirano,
porque nadie hacer pudiera
un error tan declarado,
si no es queriendo perderme.

Cam. La verdad, señor, te ha hablado.

Dieg. Por qué? *Cam.* Yo te lo diré:

porque si vés mil Soldados
hartos solo de servir,
que de comer no están hartos,
que pobres, desnudos, rotos,
tullidos, cojos, y mancos,
con un brazo á la gineta,
y con una pierna en falso,
páran en pedir limosna;
cómo quieres tú en tres años
ir, medrar, y volver rico,
como cura por ensalmo?

Dieg. Y no ha habido tambien muchos,
que por su brio han llegado
á merecer grandes puestos?

Isab. No suele ser ordinario,
porque para no medrar,
el merecer es atajo;
pero doyte que lo sea,
y doyte que los balazos,
las picas, y los mosquetes
de tanto fiero contrario
no te toquen, que no es facil,
que siempre á los desdichados
halla la bala mas cerca,
y la muerte mas á mano:
Qué escritura, dí, te han hecho,

ó que fianza te han dado
mis penas, para que pienses,
que en un destierro tan largo,
me han de hallar viva tus ojos,
dexandome agonizando?

Yo me holgára de tener
un amor tan mesurado,
que lo pudiera templar,
ó el alivio, ó el engaño.

Pero si nadie se tasa
los sentimientos amando;
amando, y estando ausente,
cómo podré yo tasarlos?
Ea, señor, vuelve en tí,
y tén lastima de entrambos,
pues no es razon que un capricho,
imposible, y temerario,
rompa de dos corazones
el mas bien texido lazo:

Qué dices? *Dieg.* Isabel mia,
si otro remedio no hallo
para llegar á ser tuyo,
qué puedo hacer en tal caso?

Isab. Yo te lo diré de presto:

Yo hasta aqui, mi honor mirando,
no me he atrevido á hacer cosa,
que ofendiese mi recato;
mas llegada la ocasion
de un lance tan apretado,
en nada reparé,
pues con mi esposo me salgo,
quando el Pueblo lo murmure;
y asi, llevame volando
á tu casa.

Dieg. Solamente
con eso, Isabel, acabo
de confirmar mi desdicha,
pues estoy en tal estado,
que con estarme tan bien
lograr lo que quiero tanto,
no es posible en mi decoro,
el hacerlo, ni el pensarlo.

Isab. Por qué? *Dieg.* Porque si tu padre
es contigo tan vizarro,
que pierde por mi respeto
de renta seis mil ducados,
no he de ser yo tan infame,
tan grosero, y tan villano,
que una fineza tan noble

la pague con un agravio;
fuera de que ya lo dixé,
y basta haber empeñado
mi palabra. *Isab.* En fin, Don Diego,
qué á detenerte no bastó?
Dieg. No, *Isab.* Pues vete, vete:
el corazon se me ha elado,
y si á la primer jornada
(que no será, no milagro)
te dixerén que soy muerta,
tenlo por averiguado,
y echate la culpa á tí;
y á Dios que estoy rebentando
por hartarme de llorar.
Dieg. Dame primero los brazos,
por si no te vuelvo á vér. *Abrazanse.*
Isab. Ay de mí! ya no te hablo,
porque no puedo, aunque quiera.
Dieg. Harto me dices callando.
Isab. Luisa, vén. *Dieg.* Oye primero;
Tocan una caja.
pero la caja tocaron.
Isab. Y es á partir?
Dieg. Si Señora. *Isab.* Gran dolor!
Dieg. Tormento extraño!
Isab. Duro golpe!
Dieg. Triste día! *Isab.* Pena fuerte!
Dieg. Trance amargo! *Isab.* Qué te vas!
Dieg. Qué no he de verte!
Isab. Qué te pierdo!
Dieg. Qué me aparto!
Isab. Qué estoy viva!
Dieg. Qué no he muerto!
Isab. Qué lo sufro! *Dieg.* Qué lo callo!
Isab. Para quando son las penas?
Dieg. Para quando son los rayos?
Isab. Para quando las congojas?
Dieg. Y las muertes para quando?
Isab. Muerta quedo. *Dieg.* Sin mí voy.
Cam. A Dios, Luisa.
Luis. A Dios, Camacho.

JORNADA SEGUNDA.

*Suena ruido de desembarcar, y salen
Don Diego, y Camacho de Soldados.*
Dieg. Milagro ha sido, Camacho,
el poder desembarcar.

Cam. O pesia tal con el Mar;
y con el primer borracho,
que por él se paseó!
Dieg. De esta vez cierta es la guerra,
porque el César toma tierra.
Cam. Y estás contento? *Dieg.* Pues no,
si mis esperanzas todas
(que así lo puedo decir)
libradas tengo en morir?
yá el de Alva desembarcó.
Cam. Hace bien, que la mareta
vá creciendo cada día.
Salen el Duque de Alva, y el Marqués.
Duq. Que marche la Infantería
al muro de la Goleta.
Dieg. Mondejar viene á s lado.
Marq. Todo el viento lo destroza.
Cam. Qué Toledo, y qué Mendoza!
Dieg. Ya, como tan gran Soldado,
armado el César, ocupa
la proa de la Real.
Duq. Qué notable temporal!
Dieg. Ya se acerca la chalupa;
y otra de conserva luego.
Dent. Acosta, acosta la Barca,
porque el César desembarca.
Dieg. Ya con uno, y otro fuego
le hacen la salva, al entrar
en el esquife lucido:
Valgate el Cielo! *Cam.* Qué ha sido?
Dieg. Que el César cayó en el Mar;
no importa, que aquí estoy yo.
Cam. Al Mar trás él se ha arrojado.
Duq. Qué ruido es ese, Soldado?
Cam. Que el César al Mar cayó,
aunque todos por mil modos
lo intentaron remediar.
Duq. Gran desdicha!
Marq. Gran azár!
Duq. Acudamos allá todos. *vanse.*
Cam. O valeroso Español!
llega, vuela, nada, corre,
ampara, ayuda, y socorre
al Sol, que peligra el Sol.
Ya rompiendo ovas, y lamas,
por aljofares, y espumas,
hace de los brazos plumas,
y de las plumas escamas.

Ya ligero como un potro,
sin recelo, ni embarazo
corta el vidrio con un brazo,
y á su Rey saca con otro;
ya junto á la orilla aborda,
sudando sin descansar,
y aun yo de verle sudar
suda la gota tan gorda.
Como quando pare alguna,
y empuja con el afán,
que quantas delante están,
empujan tambien á una.
Mas ya sale; Jesu-Christo!
de esta vez triunfo, y pascó,
enamoro, galantéo,
como, cenó, calzó, y vistó;
porque él no puede dexar
de ser Titulo á mi vér,
y yo de su botillér
es imposible escapar;
con que ricos nos hallamos,
de Carlos nos despedimos,
y á nuestra patria escurrimos,
y en llegando, nos casamos.

Sale Don Diego muy mojado con Carlos Quié en los brazos, y los Grandes.

Dieg. Afuera, pondréle en tierra,
y podrán llegar despues.

Ces. Gran valor! Duque? Marqués?

Cam. Para medrar por la guerra,
harto tienes con lo hecho.

Dieg. Denos vuestra Magestad
su mano. **Ces.** Primos, llegad
á mis brazos, y á mi pecho.

Dug. Qué constante, y qué sufrido!

Marq. Qué solo el Cesar cayera
entre tantos! suerte fiera!

Ces. Qué dices, Marqués?

Marq. Que ha sido,
por ser en ocasion tal,
azár, Señor, el caer.

Ces. Mendoza, no hay que temer,
que aun no se os vertió la sal.

Dónde se fué aquel Soldado,
que al Mar tras mi se arrojó,
y en los brazos me sacó?

Cam. De aqui sales Potentado.

Dug. Mirad, que su Magestad

os llama. **Dieg.** Suerte dichosa!

Isabel es hoy mi esposa.

Ces. Dadme los brazos, llegad,
que bien mis brazos merece
quien tuvo tanto valor.

Dieg. Los pies me bastan, Señor,
pues entre ellos se engrandece
la poca fortuna mia.

Dug. Envidia tuve á su accion.

Ces. De dónde sois? **Dieg.** De Aragón.

Ces. Bien se vé en vuestra osadía:
ha mucho que sois Soldado?

Dieg. No señor, visofío soy.

Ces. Servid, que palabra os doy
de tener de vos cuidado:

venid, Duque, andad, Marqués,
y marche la infantería.

Dug. Vuestra Magestad podia
mudar vestido. **Ces.** Despues.

Marq. Ahora importa el abrigo,
porque venís muy mojado,

Ces. Mas lo queda aquel Soldado,
que al Mar se arrojó conmigo,
y contrastó la mareta;

y así, dexadme marchar,

que no me he de desnudar
hasta entrar en la Goleta.

Dug. Será la distancia poca,
si lo que acostumbro hago.

Ces. Pues cierre España.

Marq. Santiago. **Dug.** Toca al arma.

Ces. Toca. **Todos.** Toca.

Vanse, y queda Don Diego, y Camacho.

Cam. Muy frios hemos quedado.

Dieg. A quién, Camacho, pudiera
suceder, si no es á mí,
una cosa como esta?

Que el César cayese al Mar,
que me arrojé tras del César,
que nada montes de espuma,
que rompa por la tormenta,
que salga corriendo arroyos,
que su Magestad lo vea,
que libre en tierra le ponga,
que el mundo envidia me tenga,
y que quando, quando espero,
que por aquesta fineza
me favorezca con algo.

para volverme á mi tierra,
palabras, que lleva el viento,
solo me dé por respuesta!

Ay hombre mas desdichado!

Cam. Pues de quien, señor, te quejas,
si tienes la culpa tú?

tú te culpa, que pudieras,
quando llegaste á sus plantas,
referirle tus tragedias,
y pedirle algun oficio:

que aun Dios, con ser Dios, se alegra
de que le pidan los hombres,
y no hay dia que amanezca,
que unos, y otros no le pidan,
ya justo, ó injusto sea.

Los Pobres, que haya buen año;

los Tratantes, que haya ferias;

los Letrados, que haya pleytos;

los Mohatrerros, que haya deudas;

los Ministros, que haya paces;

los Soldados, que haya guerras;

los Frayles, que haya limosnas;

las Monjas, que haya licencias;

los Médicos, que haya fruta,

pepinos, y verengenas,

porque son tercianas dobles,

y hacen su Agosto con ellas:

Los Pasteleros, que haya

Toros, porque en estas fiestas

mueren algunos rocines,

que en los de á quatro se encierran:

Los discretos, que haya libros;

los bobos, que haya camuesas;

los Curas, que haya mortorios;

los Sastres, que haya libreas;

los Jueces, que haya delitos;

los Músicos, que haya letras;

los enfermos, que haya fuentes;

los sanos, que haya tabernas,

aunque tabernas, y fuentes

ya es todo una cosa mesma;

y en efecto, quantos viven

sin empacho, ni verguenza,

á Dios piden de comer,

quando el Pater noster rezan.

Dios es Dios, Carlos es hombre,

el uno entiende por señas,

y el otro ha menester gritos;

saca tu la consecuencia,
y perdona, que ya veo,
que hablo ya mas que una Dueña,
que un Sastre, que un Mequetrefe,
que un Barbero, y que un Poeta.

Dieg. Ay, Camacho! quien nació,
como yo, con mala estrella,
ni diligencias le bastan,
ni meritos le aprovechan.

Y asi, pues que Carlos Quinto,
Señor del Mar, y la Tierra,
que premia á quantos le sirven,
á mí solo no me premia;

Isabél de mí se olvida,
que es lo que mas me atormenta,
pues en dos años y medio
no he merecido respuesta

de tantas cartas escritas
por orden de Doña Elena.
Don Fernando mas constante
la sirve, y la galantéa,

esperando celebrar
sus bodas, y mis exèquias,
y del plazo señalado
solos seis dias me quedan

para vencer mi fortuna,
y para adquirir hacienda.
El remedio es el morir
como noble en esta guerra,

pues con la muerte en efecto
todas las desdichas cesan;
y asi, en llegando la hora:-

Cam. Ya las caxas, y trompetas
hacen señal de embestir.
Dieg. Huelgome, porque lo creas,
y veas, que por los tiros,

por las picas, y las flechas
me voy metiendo, hasta que
de tantas, alguna pieza
me haga harina las entrañas.

Cam. No hayas miedo que lo vea.
Dieg. Por qué? *Cam.* Porque no estaré
tan cerca de tí, que pueda.
Dieg. Yo sé, Camacho, que acierto.

Cam. Lleveme el diablo si aciertas.
Dieg. Quien sabe lo que es amor,
dirá que el morir es fuerza.
Cam. Quien sabe lo que es vivir,

dirá que es gran borrachera.

Dieg. La muerte todo lo acaba.

Cam. La vida todo lo alienta.

Dieg. Los desdichados no viven.

Cam. Menos viven los que llevan las patas ácia delante, y van á comer arena.

Dieg. No hay gusto sin Isabel.

Cam. Muchos puede haber sin ella.

Dieg. Muerto soy, si ella me falta.

Cam. Mas falta te hará una muela.

Dieg. Eres en fin hombre baxo.

Cam. Pues cuemaselo á tu abuela.

Dieg. O qué respuestas tan frias!

Cam. O qué locuras tan necias!

Vanse, y salen Don Fernando, y Elena.

Fern. No quisiera que me viera tu prima en esta ocasion.

Elen. Tienes, Fernando, razon; mas Juana quedó á la puerta, y no se descuidará.

Fern. Traza como tuya ha sido.

Elen. Y está todo prevenido?

Fern. Todo prevenido está.

Elen. Y el hombre que ha de venir, ¿ya lo que ha de hacer?

Fern. Que no lo echará á perder solo te puedo decir, pues fuera de ser mi amigo, y ven del modo que estoy, vino ayer, y pase hoy, y no le ha visto conmigo; con que no puede poner el paraca en su crédito.

Elen. Por ese camino solo á mi prima has de vencer.

Fern. Es verdad, mas solo temo, si á Don Diego quisiera que la ha de matar su blando.

Elen. Ya no es, no con tanto extremo; que como por orden mia á la hora del partir se concertaron escribirse, y las cartas que él embia no se las doy á Isabel, ni el vé lo que escribe ella; él está zeloso de ella, y ella está ofendida de él;

y asi lograr tu cuidado puedes sin ese temor,

porque aunque es mucho su amor, está mucho mas templado.

Fern. Pues en esa confianza voy á ordenar lo dispuesto.

Elen. Lo que importa es, que sea presto, que hay peligro en la tardanza.

Fern. Quando te parece á tí?

Elen. Dentro de una hora, ú de dos.

Fern. Pues á Dios, Elena. Elen. A Dios.

Fern. Un imposible vencí. vase.

Elen. Quien me viere padecer, quien me viere sollozar, quien me viere aventurar, quien me viere resolver, y quien me viere en efecto con engaños, y trayciones decir, y hacer sin razones contra mi propio respeto, júzguese desesperar, imagínese sufrir, considerese morir, y mirese agonizar, y verá como disculpa mi pena con su dolor, mi locura con su error, y con su culpa mi culpa: que los yerros fueran menos, si aquellos que murmuraran de los suyos se acordaran quando riñen los agenos; y asi, para que Isabel pierda toda su esperanza:

Sale Juana. Habla quedo, y con templanza que está detrás del cancel.

Elen. Ya las ha visto.

Isab. Me mantengo.

Luis. Téngala propia manilla.

Isab. Si haré; dame la almohadilla.

Luis. Ya em el estnado la tengo.

Elen. Todas, prima, te aguardamos de alegría deseando.

Isab. Diligentemente voy por mi parte; pero vamos, si siquiera por ver si hay un alivio para mí.

Des.

Descubrése un estrado, y sientanse á labrar.

Luis. La gasa tienes aquí,
y tú, señora, el cambray:
tú, que es menos embarazo,
esa camisa de Holanda:
tú las puntas de la vanda,
y yo, y Juana el cañamazo;
no hay sino hacer, y callar.

Isab. Ya yo, Luisa, estoy sentada.

Luis. Allega mas esa almohada:
cómo te vá de penar?

Isab. Como siempre, que el dolor,
despues que mi bien perdí,
ya es naturaleza en mí.

Elen. Luego lo dirás mejor:
muy poco contigo valgo.

Isab. Es la pena descortés.

Elen. Cantan? Isab. Canten. Elen. Inés,
y Francisca, cantad algo.

Cant. Toda la vida es llorar
por amar, y aborrecer,
en dexando, por volver,
y en volviendo, por dexar.

Elen. Qué verdades tan seguras
son las de algunos romances!

Isab. Qué poco me alcanza á mí
lo civil de estas verdades!

Elen. Por qué?

Isab. Porque como siempre
estoy en amor constante,
quanto lloro es por temerle,
mas no, prima, por dexarle.

Elen. Haces mal. Isab. Quiero muy bien.

Elen. No te pagan? Isab. Quien lo sabe?

Elen. Tu lo sabes. Isab. Es engaño.

Elen. Es que quieres tú engañarte.

Isab. Don Diego siempre me quiso.

Elen. Don Diego pudo mudarse.

Isab. No hay razon para creerlo.

Elen. El no escribirte es bastante.

Isab. Puede ser que mas no pueda.

Elen. Lo que yo digo es mas facil.

Isab. Qué puedo hacer, si le adoro?

Elen. Divertirte, y olvidarle.

Isab. Son muy vulgares remedios.

Elen. Qué importa que sean vulgares?

Isab. No los abraza mi amor.

Elen. Qué importa no los abraze?

Isab. Es tarde para sanar.

Elen. Todas sanan aunque tarde.

Isab. No soy muger como todas,
y asi te cansas en valde.

Elen. Yo quisiera verte alegre.

Isab. Yo no quiero, siendo infame.

Elen. Querer vivir no es delito.

Isab. Si; mas lo es el ser mudable.

Elen. Danme lastima tus penas.

Isab. Mas lo harán mis liviandades.

Elen. En fin, no valen mis ruegos.

Isab. En esto, prima, no valen.

Elen. Pues vuelvome á mi labor.

Isab. Pues vuelvome á mis pesares.

Sale Feliciano, Soldado.

Felic. Esta es sin duda la casa,
si no mienten las señales.

Luis. Un hombre se ha entrado acá.

Elen. El es Juan. Bien lo dice el traje.

Isab. Qué es, señor, lo que quereis?

Felic. Si acaso erré, perdonadme,
que un forastero disculpa
tiene para yerros tales:

A Hypolito de Teruel,
que vivé en aquesta calle,
y pienso que en esta casa,
quisiera hablar, para darle
esta carta, y unas nuevas.

Isab. Son del hijo que fue á Flandes?

Luis. Gracias á Dios, que te ries.

Felic. Si señora. Elen. Puedo darte

el parabien? Isab. Ay amiga!

el gozo apenas me cabe

en el pecho. Felic. No es aquí?

Isab. No señor, mas adelante,

á mano izquierda, en la casa

de ese hidalgo. Felic. Quien no sabe

sin querer, cada momento

hace yerros semejantes.

Isab. En todo aciertan, señor,

los hombres de vuestras partes:

Y cómo queda Don Diego?

que el ser vecina, me hace

ser curiosa. Felic. No ha tenido

Italia quien le aventaje,

y aun eso le echó á perder.

Isab. Pues por qué?

Felic.

y si vivo, puedo verle,
pues puedo resucitarle.

Mas no, dexadme dar voces,
que aunque mi padre lo mande,
aunque el pueblo lo murmure,
aunque el pundonor lo infame,
aunque el recato lo riña,
y aunque la virtud lo extrañe,
á todas horas mis ojos
han de dar claras señales
de que quise, que adoré
resuelta, firme, y constante
aquella difunta luz,
aquel ajado diamante,
aquella apagada antorcha,
y aquella deshecha nave.

(te
que no hay respeto, ni temor que bas-
con tantas penas, con dolor tan grande.

*Vanse, y aparece Don Diego en una
muralla, con espada desnuda, una ro-
dela, y un Estandarte.*

Dieg. Ea, Españoles, Tenez por España,
que aunque llueva enemigos la cam-
paña

en el peligro la ocasion se muestra:
El César viva, la victoria es nuestra.

*Vuelven á tocar, y sale el Cesar, y los
Grandes con las espadas desnudas.*

Duq. Ya Barbaoja huyó mal seguro.

Ces. Quién es aquel Soldado, que en el
muro ha llegado á poner el Estandarte?

Duq. Marsilla pienso que es.

Ces. O Español Marte!

con quanto tengo, Duque, me parece
que no satisfaré lo que merece.

Mar. Tambien en la Goleta hizo lo mismo.

Dieg. España viva, y muera el Barbaris-

Ces. Prosigase el asalto. (mo.

Duq. Cierra, España.

Dieg. Ya la Ciudad se rinde.

Marq. Ilustre hazaña!

Ces. Ea, entrad, mis Leones, entrad luego,
y saqueadla á sangre, y fuego.

Dent. El saco se permite. *Dieg.* Arriba.

Ces. Arriba. *Dieg.* Viva el César de
España. *Tod.* Viva, viva.

*Tocan á embestir, y vanse, y salen Sol-
dados cargados de despojos.*

Sold. 1. Esto si que es lucirse ser Soldado
un hombre; vive Dios, que voy car-
gado,

como allá en la Goleta de zequíes,
aqui de alfombras, piedras, y rubíes.

Sold. 2. Bien haya, amen, quien inventó
la guerra:

rico de aquesta vez vuelvo á mi tierra:
con seis jaeces Turcos de labores.
que no los tiene Solimán mejores.

Sold. 3. O saco de los Cielos soberano!
ahora si, que campará un Christiano
con dos collares, que de perlas, y oro,
valen, si no son falsos, un tesoro.

Vanse, y sale Don Diego muy triste.

Dieg. No hay hombre, vive Dios, tan
desgraciado,

que no haya puesto pie, que no haya
entrado

donde haya fuente, vaso, jarro, copa,
oro, plata, cequí, piedra, ni ropa,

y que quando no hay hombre que no
salga

rico del saco, poco, ó mucho valga,
yo que el primero en de tanta gente

sangre de Moros saco solamente!
el juicio he de perder.

Sale Camacho con una talega al hombro.

Cam. O qué bien pesa
la talega! parece una Abadesa:

á un galgo la quité, y es cierta cosa,
que hay en ella riqueza portentosa:

dicha grande es triunfar del enemigo!
bolcarla quiero, vaya Dios conmigo:

Jesus, que cantidad de baratijas?
Buelcala.

ollas, cazuelas, alcuzcuz, botijas,
antojos, almohaza, gurupera,

estrivo, manta, freno, ratonera;
alpargatas, arnero, calzas, botas,

candil de garabato, y maniotas:
por Dios, que es gran tesoro,

Genovés Recoleta era este Moro:
quiero volverlo á recoger, no venga

alguno, que conmigo se entretenga,
y piense que con esta carretada.

á la Plazuela voy de la Cebada.
Dieg. Loco estoy.

Cam.

Cam. Mas allí siento á mi amo, (mo,
que al saco habrá venido como un ga-
y tendrá (quién lo duda) de rubíes,
de alhajas, y de piedras carmesíes
una zémila ya como una sarta:

quiero decirle, que conmigo parta,
y que me dé siquiera mil diamantes;
ha señor. **Die.** Ay desdichas semejantes!

Cam. No respondes? no hablas? estás
sordo? (do?

qué mas hiciera un Mercader muy gor-
al Cielo miras, y las manos juntas?

Dieg. Qué te he de responder? qué me
preguntas?

Cam. Furioso estais. **Dieg.** Estoy de-
sesperado.

Cam. Otra talega como yo ha topado.

Die. Y á matarme tambien estoy resuelto;
toma esta espada.

Cam. El juicio se le ha vuelto.

Dieg. Y matame. **Cam.** Qué dices?

Dieg. Esto digo,
haz cuenta, que naciste mi enemigo,
ó que eres mi contrario declarado.

Cam. Todo lo puedo ser, siendo criado,
pero darte la muerte es caso fuerte.

Dieg. Vive el Cielo, que me has de dár
la muerte, ó te la he de dar yo.

Cam. Gentil partida:
escusalo, si puedes, por tu vida,
porque son muy costosas pataratas.

Dieg. Mataréte por Dios, si no me matas.

Cam. Digo que yo lo haré, suelta el azero;
ahora bien, el humor llevarle quiero,
hasta que gente venga *ap.*

que á mí me libre, y su furor detenga.

Dieg. Qué aguardas? llega, y matame,
Camacho.

Cam. Juro á Dios, y á esta Cruz, que
está borracho,
por dónde te he de dár?

Dieg. Por qualquier parte.

Cam. Quisiera con aliño homicidarte;
por la garganta quedarás muy fiero,
porque con el aprieto del guargero,
como el que muere en puntos no repara,
sacarás una lengua de una vara.

Dieg. Pues pasame este pecho.

Cam. Sea en buena hora, *(ap.*
qué por aquí no pase un alma ahora!
echaré al lado izquierdo, ó al derecho?

Dieg. Arrojate por medio.

Cam. Aquesto es hecho.

Dieg. Mas ha de ser de modo, que no
ofendas,

quando la punta con el brazo estien-
de mi dueño la imagen. *(das,*

Cam. Esto ha estado
discretisimamente reparado,
porque sin duda alguna la lisiára *(ra;*
si á troche, y moche por enmedio echá-
y asi será razon, si te parece:-
mas el Cielo mis ruegos favorece,
que el César sale.

Dieg. Acaba, date prisa. *(sa.*

Cam. No puedo, porque pienso ser de Mi-

Dieg. Pues mataréme yo, porque mas
presto:-

Sale el Cesar con los Grandes.

Cam. Estás en tí, Señor?

Ces. Tened, qué es esto?

Dieg. Nacer sin dicha, y dar un hombre
en loco.

Cam. Y haber cargado delantero un poco;
quiere matarse. **Ces.** Qué decis?
un hombre

de tan gran valor, de tanto nombre,
ha de pensar locura semejante?

Dieg. Tengo causa, señor, y muy bastante.

Ces. Decidla presto.

Dieg. Oídla atentamente.

Cam. Ahora entra el pedir famosamente.

Dieg. En Teruél, Principe Augusto,
César invicto de Roma,
Emperador de Alemania,
y Gran Monarca de Europa;
En Teruél, Ciudad insigne
de Aragon, y su Corona,
Reyno aparte, y Reyno tuyo,
que es en él su mayor gloria,
nací: plugiera á los Cielos
fuera mi vida tan corta,
que en la clausula de un dia
hubiera cabido toda,
que vivir para ser pobre,
y mas en la edad de ahora,

bien puede llamarse vida,
 mas es vida muy penosa.
 Dexo aparte mi crianza,
 supongo mi Executoria,
 páso por el ser bien quisto,
 y voy solo á lo que importa,
 porque donde el tiempo falta,
 qualquiera episodio sobra.
 Vivía pared en medio
 de mi casa (aqui es forzosa
 la digresion) una dama:
 no dixé bien , una Resa;
 mal la encarecí , una Estrella;
 grosero anduve , una Aurora;
 mucho la ofendí , una Venus;
 poco la alabé , una Diosa;
 todo es nada , una muger,
 sin género de lisonja;
 cortés , como Ciudadana;
 firme , como Labradora;
 noble , como Montañesa;
 compuesta , como Señora;
 discreta ; como mil feas;
 y linda , como ella sola.
 Esta pase por pintura
 de las prendas que la adornan
 á Isabel ; y sobre todo,
 ser de mi gusto , que monta
 mas , que todo lo demás:
 que para quien se enamora,
 la que mejor le parece,
 es solo la mas hermosa.
 Pedila , en fin , á su padre,
 él qual (ay triste memoria !)
 despues de otros muchos lances,
 que hubo de una parte , y otra,
 me respondió , que sin duda
 fuera mia la victoria,
 á tener yo el Mayorazgo
 de Don Fernando Gamboa,
 hombre rico , y que á este tiempo
 solicitaba sus bodas.
 Yo entonces viendo , que solo
 era falta poderosa
 para perderla el ser pobre,
 (porque ya el serlo es deshonra)
 para ser rico le pido
 término y él me le otorga

de tres años , y tres dias:
 acciones , señor , que todas
 cosas de sueño parecen,
 ó novelas fabulosas.
 Y sin detenerme un punto,
 ni atender á las congojas
 de Isabel , que aun á los bronce
 ablandáran lastimosas,
 con un Capitan , que estaba
 de partida á Barcelona,
 senté plaza , y embarcados
 en dos fuertes Galeotas,
 en Florencia nos hallamos,
 á tiempo que sus discordias
 te obligaban á cercarla,
 de cuya faccion heroyca
 era el Principe de Orange
 General por tu persona.
 Aqui he menester , señor,
 que tu Magestad me oyga
 con admiracion ; bien puedo
 decirlo de aquesta forma:
 porque en una escaramuza,
 que tuvimos peligrosa,
 sobre estorvar un socorro
 con la gente de Saxonia,
 á mi Maestre de Campo
 Juan de Urbina , honor , y gloria
 de Madrid , ví atravesar
 el pecho con dos pelotas,
 que Felipe de Bullón,
 Caudillo de aquellas Tropas,
 le tiró desde un caballo,
 hijo adoptivo del Boreas.
 Yo entonces de vér corrido
 del Saxón la vanagloria,
 y de los nuestros la pena,
 que mudamente la lloran,
 rompiendo por todos quantos
 estaban á la redonda,
 vine á emparejar con él,
 el qual de mi furia loca
 queriendo satisfacerse,
 alza la cuchilla corba;
 para alcanzarme mejor
 sobre el caballo se dobla:
 mas yo , cubiendome todo
 de una rodela Española,

el golpe reparo, y vuelvo
 con tal presteza la hoja,
 que le llevé de un rebés
 muñeca, espada, y manopla.
 Y volviendome á mi puesto
 antes que el paso me cojan,
 si no presumido, ufano
 quedé de acción tan ayrosa;
 porque aunque no le maté,
 por estar tantos de escolta,
 me pareció que había sido
 venganza mas rigorosa,
 hacer zurdo á un hombre noble,
 que matarle á toda costa.
 Rendida Florencia, luego
 pasé con Andrea Doria
 á Petraso, y á Cotron,
 Patria de Plutarco honrosa,
 y restauradas sus Plazas,
 corrí de Grecia la Costa,
 hasta que en Puerto-Fariña
 fue mi suerte tan dichosa,
 que encontré á tu Magestad,
 que en busca de Barbaroja,
 doblando el cabo á Cartago,
 lleno de marciales pompas,
 se fundó en la Goleta;
 por mas señas, que las olas
 se enfurecieron de modo
 con una mareta sorda,
 que al saltar en un esquife
 por el lado de la popa,
 zozobró á vista de todos
 la marítima carroza;
 y apenas te ví caído,
 quando al páramo de aljofar
 ligero buzo me arrojó,
 y á tu Cesarea Persona
 saco en mis brazos, rompiendo
 montes de texidas ovas,
 que intrépidas batallaban
 por volverme á hurtar la joya.
 Puesto cerco á la Goleta,
 por un portillo de sogas
 subí trepando hasta arriba,
 sin que bastasen pistolas,
 lanzas, picas, chuzos, flechas,
 mosquetes, tiros, ni bombas,

á echarme de la murala,
 adonde maté en una hora
 tanto numero de Turcos,
 y de Moros tanta copia,
 que quando quiso acudir
 al socorro Barbaroja,
 no hubo menester escalas
 para su muralla propia;
 porque eran los muertos tantos,
 que al romper por las marlotas,
 su multitud acinada,
 servía de plataforma.

En Tunez hice lo mismo
 sobre las almenas rojas,
 tremolando el Estandarte
 de tus Aguilas de Roma.
 Y todo á fin, Gran Señor,
 (que asi lo diga perdona)
 de enriquecer, por si puedo,
 ojalá Amor lo disponga,
 mejorando de fortuna,
 gozar de mi amada esposa.
 Pero viendo que no tengo
 fortuna en ninguna cosa,
 que mis finezas se pierden,
 que mis hazañas se ignoran,
 que los despojos me huyen,
 que los hados me valdonan,
 que mi esperanza fallece,
 que el tiempo corre la posta,
 que Isabel espera el plazo,
 que los Cielos no lo estorvan,
 y que á mi pesar, en fin,
 se han de celebrar sus bodas,
 desdicha, que ha de matarme
 á la larga, ó á la corta.

A este criado, que siempre
 me ha seguido en mis derrotas,
 le rogué que me matase
 por modo de buena obra.
 Esta, Señor, es mi vida,
 mi amor, mi pena, mi historia,
 y la causa que he tenido
 para una facción tan loca.
 Si ruegos, ansias, servicios,
 asaltos, triunfos, victorias,
 lágrimas, sustos, trabajos,
 aflicciones, y congojas,

va-

valen para merecer
de tus manos generosas
premio alguno, que equivalga
al intento que me exórta:
haz cuenta, Señor, haz cuenta
que me lo dás de limosna,
y que como Dios, me haces
de nuevo, porque conozca
Aragón, España, el Mundo,
que á tus rayos, y á tu sombra,
la mas adversa fortuna
se desmiente, y se mejora:
y tambien, porque un amor,
el mas fino que hasta ahora
ha visto el mundo, se logre,
y á pesar de quien le enoja,
al fin llegue que deseo,
con cuya faccion heroyca
tu grandeza se sublima,
mi voluntad se corona,
la virtud queda triunfante,
el poder sus fuerzas postra
Don Fernando pierde el premio,
mi afecto gana la joya,
Isabél me dá su mano,
su padre me galardona,
y yo la vida redimo;
porque siendo ella mi esposa,
no hay dolor que me compita,
ni pena que se me oponga.

Ces. Notable historia por cierto!

Marq. Notable, y aun prodigiosa!

Dug. Su amor iguala á su brio,
y uno de otro se ocasiona.

Ces. Vos teneis mucha razon,
siendo, como son, nororias
vuestras hazañas, de estar
quexoso de mi memoria:
mas no ha sido culpa mia
en no estar premiadas todas,
sino de vuestra fortuna,
que parece que las borra;
porque queriendo poner
su satisfaccion por obra,
muchas veces sin pensar,
se me han ofrecido cosas,
que han podido divertirme,
pero no podrán ahora.

Y asi digo lo primero,
que os hago de vuestra propia
Compañia Capitan,
y os doy de ayuda de costa
tres mil ducados cada año
de las rentas que se cobran
de Teruél; y del despojo,
que por mi parte me toca,
quatro mil para el camino.

Dieg. Dexame, Señor, que ponga
en la tierra, que merece
tocar tus plantas heroycas,
una, y mil veces los labios.

Ces. Vuestro valor os abona.

Cam. Y á mí no me abona nada,
que en todas las peleonas
le he acompañado? *Ces.* Tambien,
para tu ayuda de costa,
dí que te den mil escudos.

Cam. Por cada escudo una flota
Mexico te contribuya,
de barras de á media arroba,
para conservar á Flandes,
que bien son menester todas.

Ces. Tú vete quando quisieres:
vos, Duque, haced que una Tropa
siga á Bárbaroja; y vos
venid, para que responda
al Pontifice, y á España
avise de esta victoria.

Vanse, y quedan Don Diego, y Camacho.

Dieg. Tantas, señor, te dé el Cielo,
que tus Aguilas famosas
mas allá de lo imposible
vuelen siempre vencedoras.

Cam. Baylo, brinco, y zapatéo.

Dieg. Huvo suerte mas dichosa?

Cam. Dióte al fin como quien es.

Dieg. Es Carlos Quinto, que sobra.

Cam. Y ahora qué falta aquí?

Dieg. Embarcarme á tomar postas.

Cam. Dí á cobrar nuestro dinero.

Dieg. Pues vamos.

Cam. Seré una Onza.

Dieg. Viva Carlos. *Cam.* Carlos viva.

Dieg. De esta vez mi amor se logra.

Cam. De esta vez Luisilla es mia.

Dieg. De esta vez gozo mi esposa.

Cam.

Cam. Y de esta vez Don Camacho
me apellido entre las mozas.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Elena, y Doña Isabel.

Elen. Ya el termino se cumplió,
ya qualquier remedio tarda,
ya el desposorio te aguarda,
y ya Don Diego murió.

Isab. Pues bien, ¿qué puedo hacer yo?

Elen. Los ojos del suelo alzado,
siquiera por escusar
la sospecha á quien te vé.

Isab. Bien dices, así lo haré,
y aun es fuerza á mi pesar,
porque es distinto el modelo
del que nace, y del que espira,
que el que nace al suelo mira,
y el que espira mira al Cielo:

Yo hasta aquí miraba al suelo,
porque viva me juzgué;
mas ya al Cielo miraré,
porque aunque llore, y suspire,
es razon que al Cielo mire
quien agonizar se vé.

Sale Luis. Mi señor te anda buscando
y ya llega al corredor.

Sale Ped. Isabel? Isab. Padre, y señor?

Ped. ¿En qué te detienes, quando
te están todos aguardando?

Isab. ¿Ay de mí! Cielos, ¿qué haré?

Ped. ¿Qué dices? Isab. Que ya lo sé.

Ped. ¿Pues qué aguardas?

Isab. Ya te sigo.

Elen. Yo la llevaré conmigo.

Ped. Y yo á esperaros me iré. *vase.*

Isab. Ya llega de mi partida,
amigas, el fin postrero,
ya he muerto, sí, que no muero,
que el que muere aun tiene vida;
y yo estoy tan despedida
de la vida que gocé,
que quando difunta esté,
despues por otro accidente,
la novedad solamente
de cadaver llevaré.

Muerta soy, y aun muerta siento,
porque venga todo junto,
para el gusto lo difunto,
lo vivo para el tormento.

Y porque igualar intento
de Don Diego así el amor,
que si él me lleva en rigor
de ventaja la mortaja,
yo le llevo de ventaja
sobre la muerte el dolor.

Ojos de llorar no enjutos,
lutos vestid de dolor,
que una boda sin amor,
no es mal paño para lutos.

Y pues con amor los brutos
lloran, llorad mi pesar;
pero no, que es descansar,
y mirandome morir,
por no dexar de sentir,
aun no tengo de llorar.

Y vos, alma de los dos,
á Dios, que voy á morir,
pues lo podré conseguir
con acordarme de vos;
porque si imagino (ay Dios!)
que estais vivo, es tan crecida

esta gloria, aunque fingida,
que á pesar del hado fuerte,
despues de pasar la muerte,
me vuelvo á hallar en la vida.

Ruegos de un padre alcanzado,
porfias de un gran poder,
desdichas de una muger,
y nuevas de un nuevo estado,

á consentir me han forzado
mi casamiento; mas miento,
que en tan terrible tormento
puedo sin vos, y sin mi

á otro dueño dar el sí,
pero no el consentimiento;
que el sí la lengua le dá,
y el consentimiento el gusto,

y la lengua con el susto
no dice lo que hay acá:
que como en humedo está,
y el corazon habla quedo,

al publicar su denuedo,
haciendo del llanto risa,

33000

ó desliza con la prisa,
 ú resvala, con el miedo.
 Ya, Don Diego, en fin, me caso,
 quando el amor dexo atrás;
 mas no puedo decir mas,
 que el dolor se ha puesto al paso;
 lo que sufro, lo que paso
 no tiene ponderacion,
 y asi callarlo es razon,
 y si de oírlo gustais,
 en el corazon estais,
 preguntadlo al corazon.

*Vanse, y dicen dentro Don Diego, y
 Camacho.*

Dieg. Tén este estrivo, Camacho.

*Cam. Dí si me puedo tener,
 porque no tengo ningun
 hueso que me quiera bien.*

Salen los dos.

Dieg. Has guardado las maletas?

Cam. Ya las maletas guarde.

Dieg. Y pagaste el Postillon?

*Cam. Si señor, ya le pagué,
 como quien paga al verdugo
 los azotes, y el cordél.*

*Dieg. Pues andemos. Cam. Ya te sigo,
 aunque mal parado á fé;
 pero dime, ya que habemos
 venido á todo moler,
 deshecha la horcajadura,
 molida la redondéz,
 magullada la barriga,
 desportillado el embés,
 y aturdido el espinazo
 del trotante palafren,
 por que al entrar del Lugar
 te has apeado? por que?*

*Dieg. Por escusar alborotos,
 y (si es posible) saber,
 antes de entrar en mi casa,
 de la salud de Isabel,
 y el estado de su amor,
 que si al alma he de creer,
 no sé que me dice el alma.*

*Cam. Ya el temor injusto es,
 ya fuiste á servir al Cesar,
 ya el Cesar te hizo merced,
 ya en Tunez nos embarcamos,*

y ya entramos en Teruél
 el mismo dia que el plazo
 se cumple de tu placer;
 pues que temes? que recelas?

*Dieg. Temo que pasado esté;
 mas oye, que dá el relox.*

*Cam. Cuento, pues: una, dos, tres,
 quatro, cinco, seis. Dieg. Ay triste!*

Cam. Siete, ocho, nueve, diez:

las diez son. Dieg. Pues tarde vengo.

*Cam. Por que? Dieg. Porque yo llevé
 tres años, y mas tres dias
 de termino. Cam. Ya lo sé.*

*Dieg. Salí dia de la Cruz
 á las ocho. Cam. Dices bien.*

*Dieg. Hoy se cuentan seis de Mayo,
 y las diez dan en Teruél,
 de ocho á diez dos horas ván:
 luego dos horas despues
 llego del plazo propuesto,
 que al partirme concerté.*

Cam. Es verdad; mas que es dos horas?

*Dieg. Es un siglo para quien,
 si tiene alguna fortuna,
 ha sido á mas no poder.*

En un punto, en un instante
 se pierde un Reyno tal vez,
 se sorbe el Mar una Armada,
 se vé una Ciudad arder,
 desmantelarse un Castillo,
 y una Torre dá un bayben:
 mas ya estamos en la calle.

*Cam. Y añade en la casa de
 aquel Serafin de alcorza.*

*Dieg. Arrebozate tu bien,
 que anda gente por la calle,
 y te podrán conocer.*

Retiranse, y salen Fabio, y Luisa.

*Luis. Haz, Fabio, que prevenidas
 dos, ó tres hachas estén,
 para quando las visitas
 salgan. Fab. Voyte á obedecer. vase.*

Dieg. No es Luisa? Cam. Sí.

*Dieg. Pues yo llego
 á hablarla: Luisa. Luis. Quiénes?*

Dieg. Don Diego; no me conoces?

*Luis. San Blas, San Luis, San Miguel
 me valga. Dieg. Qué es lo que dices*

Luis

Luis. Sombra fría, sueltame.
Dieg. Estás loca? **Luis.** Si Rosarios,
 ó Misas has menester:-
Cam. Qué Rosarios, ni qué Misas?
 Luisa, demonio, ó muger,
 tienes juicio, ó dasnos como?
Luis. Es Camacho? **Cam.** No me vé?
 y no ves á mi Señor?
 allega, apropinquate.
Luis. Luego vives? **Dieg.** Luisa, sí.
Luis. Ahora te abrazaré,
 si bien con harto pesar
 del que despues te he de dár.
Cam. Y á mí no me parió madre?
Luis. Tuya soy, y lo seré.
Dieg. Parece que estás turbada.
Luis. Apenas puedo volver
 en mí del susto. **Dieg.** Quién duda,
 que se habrá dicho en Teruél,
 que era muerto? **Luis.** Si señor.
Dieg. Pues si eso es así, por qué
 no vás volando á avisar
 de mi venida á Isabél?
 para que el pesar desquite,
 que ha tenido, y para que
 cobre la vida en mis brazos.
Luis. Pienso que no podrá ser,
 que mi señora:- **Dieg.** Dílo.
Luis. No te quisiera ofender.
Dieg. Mas me ofendes con callar;
 habla, pues. **Cam.** Animate.
Luis. Que mi señora:-
Dieg. Qué tiemblas?
Cam. Ya yo estoy como un papel.
Luis. Está:- **Dieg.** Qué está?
Luis. Desposada,
 porque la hicieron creer,
 que eras muerto, y aun su padre
 se lo aseguró tambien
Cam. Cuerpo de Christo contigo.
Dieg. Y dime (apenas mover
 puedo la lengua: ay de mí!)
 y con quien, Luisa, con quién?
Luis. Con Don Fernando.
Dieg. Y ha mucho?
 bien temí, bien rezelé. **ap.**
Luis. Abrá un hora.
Dieg. Cielos, cómo **ap.**

me dais muerte tan cruel?
 Habrá una hora; Con todo eso
 vé por Dios, Luisa mia, vé
 y dila que estoy aqui.
Cam. Ya no será menester,
 que ella sale. **Luis.** Así es verdad;
 mas porque puede el placer
 matarla, con el pesar,
 si de repente te vé,
 dexame llegar primero.
Dieg. Aqui aguardo, llega, pues.
Sale Isab. Mientras mi tyrano esposo
 (que ya por mi mal lo es)
 cumple con los convidados,
 por escusár que me dén,
 quando muriendome estoy,
 de mi mal el parabien,
 vengo huyendo de mí misma.
Luis. Dame albricias. **Isab.** Yo de qué?
Luis. De un gran gusto.
Isab. No es posible,
 Luisa, ni le puede haber
 en el mundo para mí;
 pero en fin, dime, de qué?
Luis. D. Diego vive. **Isab.** Qué dices?
Luis. Yo acabo de estar con el.
Isab. Con Don Diego?
Luis. Con Don Diego.
Isab. A buen tiempo en buena fé:
 y há mucho que vino? **Luis.** Ahora.
Isab. Bien está: suerte cruel! **ap.**
Luis. Cómo con tanta tibieza,
 sin abrazarme, ni hacer
 extremos, has escuchado
 una nueva, que pensé
 que te matára por grande?
Isab. Porque aunque gusto me dé,
 placer, que ha de ser pesar,
 mas es pesar, que placer:
 Y sabe ya mi desdicha?
Luis. El te puede responder.
Isab. Valgame Dios!
Llega Dieg. Trance fuerte!
 si señora, ya lo sé. **Isab.** Don Diego?
Dieg. Isabel? **Isab.** Bien mio?
 mio dixé? mentí, erré;
 pero con mucha disculpa,
 que como siempre te hablé

D

en

en la lengua de mi amor,
y es difícil de aprender
qualquiera lengua extranjerá,
quando en la ocasion me hallé,
á la materna me fuí,
y la extranjerá olvidé,
porque esta me suena mal,
y aquella la entiendo bien.
Mucho quisiera decirte,
mas vete, que puede ser
que mi esposo: C6mo vienes?

Dieg. Ya verás como vendré;
y tú? *Isab.* Muerta; mas ay Dios!
no me puedo detener,
solo te podré decir,
(breve por fuerza seré)
que un Soldado dixo (Luisa,
mira desde ese cancel)
que eras muerto, y lo que entonces
suspiré, gemí, lloré;
pero ya no es tiempo de eso.

Dieg. Pues de qué es tiempo?

Isab. De hacer cuenta,
que es la vez postrera,
que has de verme, a questa vez.
Yo te quise, ya lo sabes;
tú te fuiste:— *Dieg.* Ya lo sé.

Isab. Don Fernando porfió,
dió voces el interés,
hubo nuevas de tu muerte;
mal haya el aleve, amen,
que las traxo, pues me veo
en este estado por él.
Corrió el tiempo, llegó el plazo,
hice amante mi deber,
amenazóme mi padre,
es padre al fin, soy muger;
y al cabo:— dirélo? sí.
al cabo me desposé
á mi pesar: ya lo dixé;
y así, dexa, dexame,
que me pierdo, si te miro,
y no me quiero perder.

Dieg. Advierte. *Isab.* Ya no es posible.

Dieg. Tampoco por tu desdén
es posible que yo pase.

Isab. No puedo otra cosa hacer.

Dieg. Dí á tu padre que estoy vivo.

Isab. Ya de provecho no es.

Dieg. Habla claro á Don Fernando.

Isab. Tieneme ya en su poder.

Dieg. Prueba la fuerza,

Isab. No hay tiempo. *Dieg.* Vente conmigo.

Isab. No es ley. *Dieg.* Huye sola.

Isab. No se donde.

Dieg. Habla al Juez. *Isab.* No hay Juez.

Dieg. Di que eres mia. *Isab.* Ya es tarde.

Dieg. Matame. *Isab.* Quierote bien.

Dieg. Correspondeme. *Isab.* Soy noble.

Dieg. Pues algun medio ha de haber.

Isab. Quiero callar, y morir.

Dieg. El morir escogeré,
peio ha de ser confesando
tu voluntad, y tu fé.

Isab. Mira que tengo marido.

Dieg. Yo lo soy tuyo, *Isabél,*
y de tí no he de apartarme,
aunque mil muertes me dén.

Isab. Y mi honor? *Dieg.* Pierdase todo.

Isab. Y tu vida? *Dieg.* Falteme.

Isab. Y mi esposo? *Dieg.* No te goce.

Isab. Y mis deudos? *Dieg.* Matenme.

Isab. En fin mi ruego no basta?

Dieg. Esto ha de ser, *Isabél.*

Isab. Pues matarame yo propia. *vase.*

Dieg. Pues mataréme tambien. *vase.*

Luis. Ay, Camacho, algun gran mal
ha de suceder aqui!

Cam. Consultenme ellos á mí,

y no sucederá tal;

mas demos una puntada

nosotros en nuestras penas,

supuesto que en las ajenas.

no podemos hacer nada,

por ser gente mas civil.

Luis. El susto me ha deenido:

cómo, Camacho, te ha ido?

Cam. Mil escudos t' aygo. *Luis.* Mil?

Cam. Tanto ojo se la ha abierto. *ap.*

Luis. Mil años de vida tengas;

pero dime, si eso es cierto,

que sin duda será así,

quántos de ellos me darás?

Cam. Todos; pero á vér no mas,

y eso una legua de aquí.

Luis. Dícenme, que con los Moros

fuis-

fuiste un Cisne, digo un Cid.
Cam. Nadie me igualó en la lid.
Luis. No habrá fiestas, no habrá Toros,
 como verte pelear.
Cam. En una tarde maté
 mil enemigos, mas fue
 viniendome de espulgar.
 ¿Y tú cómo lo has pasado?
Luis. Pensando que eras difunto,
 una toca con un punto
 siempre ha sido mi tocado.
Cam. Toda aquea voluntad
 creo yo de tu virtud:
 asi tengas la salud, *ap.*
 como dices la verdad.
 Mas parece que oygo ruido.
Luis. Ay, Camacho, mi señor!
Cam. Para un buen renegador
 viene el cuento nacido.
 ¿Qué he de hacer, Luisa? *Luis.* Quizá
 no habrá reparado en tí.
Cam. Mas si ha reparado en mí,
 quiza me despeñará.
Luis. ¿Qué he de decirle á tu amo?
Cam. Dí, que allá baxo le espero,
 si no me agarrán primero,
 y me atienden al reclamo.
Luis. No harán; vete, que esta noche
 todo se sufre, y se pasa.
Cam. Dios me saque de esta casa
 con bien. *Sale Don Fernando.*
Fern. Prevenid el coche,
 que ya el Marqués baxa. *Cam.* Aquí
 mi patarata se encaxa:
 Quién dice que el Marqués baxa?
Fern. Yo lo digo. *Cam.* Será asi.
Fern. Sois su criado? *Cam.* Si á fé,
 y á quien mucha merced hace.
Fern. Pues seguidle. *Cam.* Que me place:
 lindamente me escapé. *ap.*
Fern. ¿Dónde tu Señora está?
Luis. Muerta estoy, ay de mí! *ap.*
 con la Madrina la ví,
 que iba á recogerse ya;
 pero si gustais que vaya,
 y de tu parte:- *Fern.* No quiero,
 que verla muy presto espero:
 todo me turba, y desmaya. *ap.*

Isabél tan desabrida
 se muestra, y tan mal hallada,
 que aun antes de estar casada
 se supone arrepentida.
 Porque quando el sí me dió,
 que yo mal formado oí,
 con la boca dixo sí,
 pero con el alma no:
 que aunque el sí fue pronunciado,
 y el no solo el elegido,
 el sí no quedó entendido,
 y el no quedó declarado.
 Fuera de esto, quando estaba
 en la mesa sin poder
 sus congojas esconder,
 mudamente suspiraba;
 aunque no era por mí, no,
 puesto que yo lo sentí,
 porque para ser por mí,
 estaba muy cerca yo,
 y despues acá no ha sido
 posible dexarse vér;
 pues esto qué puede sér?
 pero ya está conocido:
 que claro está, que el dolor
 de su amante, y de su muerte,
 la tendrá de aquesta suerte,
 no hay en eso duda, honor:
 y asi, vivid sin recelo,
 y proceded con recato,
 que el tiempo, el amor, y el trato
 brasa volverán su yelo;
 vé, Luisa, y dile á mi esposa:-
Luis. El Alma en un hilo está. *ap.*
Fern. Que si licencia me dá
 iré á vér su luz hermosa,
 que aunque ya la puedo vér
 sin poderla tener miedo,
 quiero lucir lo que puedo,
 dexandolo de poder.
Luis. Ya te obedezco. *Fern.* No vas?
Dent. Isab. Ay de mí!
Fern. Mas tén, aguarda
 que aquella voz me acobarda.
Dent. Dieg. Muerto soy.
Fern. A questo mas?
Luis. Hubo desdicha mayor!
Fern. Cielos, qué puede ser esto?

pero yo lo sabré presto.

Dent. Isab. Matadme, Cielos, ahora.

Fern. A esta parte la voz suena;

pues qué dudo, que no entro?

Correse una cortina quando vá á entrar,

y sale al entrar Doña Isabel, sin chapi-

nes, que estará junto á D. Diego, que

ha de estar muerto sobre una

almohada del estrado.

Isab. De esta suerte, escucha un rato.

Decirte, que Don Diego fue mi amante,

no es importante aquí; voy adelante.

Encarecer de entrambos los desvelos,

es dár zelos; escusote los zelos.

Referirte, que fue por un fracaso,

importa poco; á lo que importa paso.

Jurar, que me dixeron que era muerto,

claro se vió; supongolo por cierto.

Pretenderme tú entonces mas osado,

nadie lo ignora; doylo por contado.

Presumir que mi gusto te ha ofendido,

engaño es tuyo; tenlo por sabido.

Y pensar que soy parte en tal suceso,

ya se verá; no me detengo en eso.

Y así, sin repetir aquesta historia,

pues yo tengo dolor, y tú memoria,

las velas al parentesis recojo,

el caso cuento, y á morir me arrojó.

De tí me aparte apenas, quando, quando

á mi quarto pasando,

encontre con Don Diego,

ambos quedando inmoviles tan luego,

que quando á nuestro sér volver quisimos,

ó volvimos ya tarde, ó no volvimos.

Cobréme, en fin, miréle atentamente,

pasóse el accidente,

centelleó tocado el fuego,

aunque encubierto, no apagado,

y á vista del honor, y el galantéo,

lidiaron el recato, y el deseo;

porque vivo Don Diego, yo casada,

la ocasion apretada,

el efecto impedido,

despierto el gusto, el pundonor dormido,

ageno el cuerpo, y suya el alma mia,

piensa tú lo que entonces pensaria.

Temeridad parece culpable,

que una muger le hable

Isab. Quién es? *Fern.* Suceso espantoso!

yo soy. *Isab.* Quién es yo?

Fern. Tu esposo.

Isab. Pues si te ofende el encuentro,

matame. *Fern.* Primero trato:-

Vá á sacar la daga.

Isab. Tén, ya él se dió la muerte

sin espada. *Fern.* ¿De qué suerte?

Del Doct. Juan Perez de Montalvan.

29

á su marido así, dándole cuenta
de si pudo pensar, ó no su afrenta.
Y si esto es culpa, tú aquesta culpa
me sirve de respuesta, y de disculpa;
porque quien por muger admite dama,
que sabe que á otro ama,
aunque honrado no quiera
pasar por los agravios de acá fuera,
á todas horas, y á qualquier encuentro
ha de sufrir por fuerza los de adentro.
Contéle por mayor mi pesar junto,
escuchóle difunto,
y al querer despedirme,
solo, ciego, perdido, amante, firme,
se fue tras mí, diciendo afectuoso,
que yo su esposa era, y él mi esposo.
Yo entonces, porque tú no lo sintieras,
y la muerte le dieras,
hallándole conmigo,
que le aborrezco desdeñosa digo;
para Don Diego tósigo tan fuerte,
que le pudo matar, el como advierte.
Quando padece el corazon, es cierto,
que á socorrerlo vienen de concierto
los vitales spiritus, cuidando
de suplir el calor que vá faltando:
esto supuesto por verdad constante,
á la pena volvamos de mi amante.
Oyó su corazon aquel desprecio,
y fue el golpe tan recio,
que á remediar sus males
tanto trespel de spiritus vitales
cargó sobre él, que sin poder moverse,
de socorrido vino á revolverse;
porque como eran muchos, y querian
todos entran á hacer lo que debian,
y los que dentro entraron no cupieron,
de suerte le apretaron, y oprimieron,
que sin poderlo remediar le ahogaron,
y por dexarle vivo, le mataron.
En fin (ay triste!) alborotado el pecho,
el corazon deshecho,
quebrantada la vida,
torpe la lengua, la color perdida,
el pulso intercadente, el cuerpo frio,
en pie el cabello, turbulento el brio,
llamó por señas á la muerte, y luego
aquel de tierra, y fuego

edi-

edificio viviente,
 desplomado cruxió subitamente,
 y desnudado ya de su aparato,
 en si cae, ó no cae estuvo un rato.
 Llegueme á él, á tiempo que ya habia
 comenzado á espirar (ay alma mia!)
 mas como oyó mi voz, y al alma en ella,
 el alma suya se paró á cogella;
 y así, al querer dexar la vida en calma,
 el alma le detube con el alma.
 Pero como temiendo los enojos,
 á la puerta tal vez volvia sus ojos,
 y él, aunque se alentaba en mi presencia,
 deseaba morir por diligencia:
 una vez que tardé, rompió el candado,
 y acabó de morir lo comenzado.
 Murió Don Diego; mas la lengua miente,
 que yo, yo solamente
 lo maté por matarme,
 viviendo para mas atormentarme,
 pues muero como él, de angustias llena,
 si no con tanta prisa, con mas pena,
 porque tan muerta estoy, que si la muerte
 deshace el nudo fuerte
 del matrimonio santo,
 yo he muerto ya para la vida tanto,
 que puedes sin escrupulo casarte,
 como hombre que ha enviudado en otra parte.
 Aquesta es la verdad de todo el caso,
 éste el dolor que paso,
 este el afan que siento,
 aqueste el torcedor, éste el tormento,
 que en el dia infelice de mis bodas
 me está rompiendo las entrañas todas.
 Si imagina tu amor, si tu honor piensa,
 que aun atomo de ofensa
 en mi recato cupo,
 sepa vengarse quien pensarlo supo:
 el pecho me atraviesa con tu espada,
 en duda de inocente, ú de culpada.
 Matame, digo, que aunque el Sol luciente
 no es, no, tan trasparente
 como el decoro mio,
 te estimaré qualquiera desvario:
 porque si yo he de hacerlo de constante,
 muerto me lo tendré para adelante.

Fern. Los ojos lo están mirando,
 y apenas el alma puede

resolverse á que es verdad,
 dudosa, é indiferente.

Isab. Qué dices? Fern. Digo, Isabél,
 que en el suceso presente,
 ni tu congoja me admira,
 ni mi sospecha me ofende;
 porque hallarte con un muerto,
 y muerto de aquesta suerte,
 mas es virtud, que delito,
 porque debe suponerse,
 que Don Diego no muriera,
 si no fueras tu quien eres;
 porque sabiendo quien soy,
 bien facil dexa entenderse,
 que haré siempre lo que debo,
 en haciendo lo que debes.
 Y asi supuesto que es fuerza,
 que te pese, ó no te pese,
 ser tu esposo, y que tu honor,
 aun mas que á ti me compete,
 para que no corra riesgo,
 que es lo que puede temerse
 en tal caso, mi persona
 y tu opinion, me parece:-
 mas aguarda, que ya vuelvo.

Isab. Haz, señor, lo que quisieres:
 ¿que me sucede?
 ¿que desdichas, que aun las duda
 el mismo que las padece!
 Don Diego muerto, y yo viva?
 él amante, y yo prudente?
 él rendido, y yo sensible?
 él sin alma, y yo con forma?
 y él cadaver finalmente,
 y yo respiro cobarde?
 O pesia la lengua aleve,
 que tal dice! y pesia á mi,
 que permito que lo cuente,
 sin que á fuerza del dolor
 se me parta, ó se me quiebre
 el corazon por enmedio
 tierna, y dolorosamente!
 Corrida estoy, vive Dios,
 corrida estoy de que fuese
 la pesadumbre en Don Diego
 á matarle suficiente,
 y en mi su muerte, que es mas,
 no baste á darme la muerte:

sin duda no he reparado
 en ello, porque no puede
 haber otra causa para
 no morir de repente.
 Pues buen remedio, ansias mias,
 miremos atentamente
 este espectáculo triste,
 será vuestro fin mas breve;
 porque para quien le adorà,
 qué mas cuchillo que verle?
 Ea penas, acabemos,
 que serán injustas leyes,
 que no muera de una vez
 quien esto mira dos veces.
 Ansias, llegad todas juntas,
 dolores, venid crueles,
 congojas, creced las iras,
 ojos, aumentad las fuentes,
 amor, doblad las angustias,
 vida, sentid los desdenes,
 cuerpo, deshaced los nudos,
 alma, apretad los cordales,
 porque confiese la vida
 lo que sabe, y lo que siente.
 Y vos, dueño idolatrado;
 dos veces muerto, y ausente,
 que en mis brazos, y á mis ojos
 espirasteis; mas no pueden
 ya las palabras formarse,
 ni las razones texerse,
 porque la garganta el nudo,
 ó las ata, ó las detiene.
 Albricias, Amor, que ya
 muero, si el dolor no miente,
 ya la lastima me ahoga,
 ya la lengua se entorpece,
 ya el corazon se desmaya,
 ya el aliento se suspende,
 ya el pulso late sin orden,
 ya los parasismos crecen,
 y ya el alma fatigada
 casi se asoma á los dientes.
 Y asi, antes que la vida,
 como te dexó, me dexe,
 para cumplir con tu amor,
 y con tu fé juntamente:
 toma, toma, esposo mio,
 (pues para con Dios lo eres)

es-

esta mano, para que
quien se llamó tuya siempre,
ya que no pudo en la vida,
lo pueda ser en la muerte.

*Dale la mano, y dexase caer junto á
Don Diego, quedase muerta, y sale
toda la Compañia.*

Fern. Esto pasa? *Ped.* Caso raro!

Cam. Gran dolor! *Elen.* Cielos, valedme!
porque á sufrir tanto golpe
no basto yo solamente.

Fern. Llegad todos, porque todos
como testigos fieles,
podais deponer del caso
quando ocasion se ofreciere:

Mas qué es lo que vén mis ojos?

Ped. Mayor mal el alma teme.

Fern. Mataréla, vive el Cielo:

Señora. *Elen.* Prima.

Fern. Detente,
porque pienso que está muerta.

Cam. Verdad es, sin que lo pienses.

Fern. Como? *Cam.* Como no responde,
ni de una parte se mueve.

Fern. Tambien la mató la pena.

Ped. Quién habrá que se consuele?

Fern. Notable afecto de amor!

Elen. El dolor todo lo puede.

Cam. Señores, una palabra
por caridad solamente.

Esta es verdad infalible,
que aun en Teruél permanece
el sepulcro de estos dos
Amantes, muertos en cierne.

Y supuesto que en un día
tan triste, no es conveniente

que nadie quiera casarse,

y que les plaza, ó les pese,
solteros se han de quedar;

solo en el caso presente
resta, que nos perdoneis

las faltas, como cortesés,

que de parte de Montano

os lo pido humildemente;

con que tendrá la Comedia

dichoso fin si tuviere

méritos para agradaros

á servirlos se ofrece.

F I N.

En Barcelona. Año de 1790.

Hallaráse esta Comedia, y otras de diferentes títulos en
Madrid en la Libreria de D. Isidro Lopez, calle de la Cruz,
á precios equitativos.